

El siglo de Los Angeles

1920-2020. Hace 100 años, la ciudad despegó al estrellato. Hoy, su modo de vida parece anacrónico e insostenible pero el camino ha tenido sus buenos momentos

¿POR QUE UNA CIUDAD tiene éxito? ¿Por qué, en un momento concreto, se convierte en un imán que atrae a artistas, inversores y trabajadores de todo el mundo? ¿Por qué es capaz esa ciudad de sintetizar la creatividad de su época? De todas los lugares que han alcanzado ese momento estelar, ningún caso es tan transgresor y extravagante como el del Pueblo de Nuestra Señora la Reina de los Ángeles, la ciudad conocida como Los Angeles. Estamos en 2020, en ese momento en el que el pánico al cambio climático ha convertido el modo de vida del sur de California en un asunto anacrónico, casi odioso. Pero también estamos en el centenario del nacimiento del sueño de Los Angeles, el momento en el que dejó de ser una ciudad de provincias aislada del mundo.

1920, en Los Angeles: el censo de ese año señala que la ciudad supera por primera vez el medio millón de habitantes y adelanta a San Francisco como el municipio más poblado de la Costa Oeste. Durante los siguientes 10 años, Los

Ángeles doblará largamente su población, que dejará de ser blanca y protestante (1,23 millones de personas en 1930). Llegarán los mexicanos los negros, los armenios, los japoneses... Su geografía también cambiará: Los Angeles dejará de ser un núcleo compacto y colonizará mediante suburbios la

cuenca de Los Ángeles y el valle de San Fernando. Planeará sus primeras autopistas en 1924 y empezará a adquirir una imagen reconocible en todo el mundo. Los Angeles y su marca: *kitsch* y brutal, cartón piedra y novela negra, Disneyland y las casas de Richard Neutra...

¿Cómo explicar el siglo de Los Angeles? *Material dreams*, de Kevin Starr (editado por Oxford University Press en 1991), es el libro de divulgación más completo sobre el despegue de la ciudad. En lo que se refiere a los años 20, su tesis parece tomada de Dostoievski: no hay éxito sin culpa. Culpa ecológica, para empezar. Starr sostiene

que los recursos acúferos del sur de California daban para una ciudad de 400.000 habitantes. Para lograr el boom de Los Angeles, hubo que traer el agua con una serie de acueductos de 600 kilómetros que arruinó a miles de agricultores. Cualquiera que haya visto *Chinatown*, de Roman Polanski, tendrá una idea.

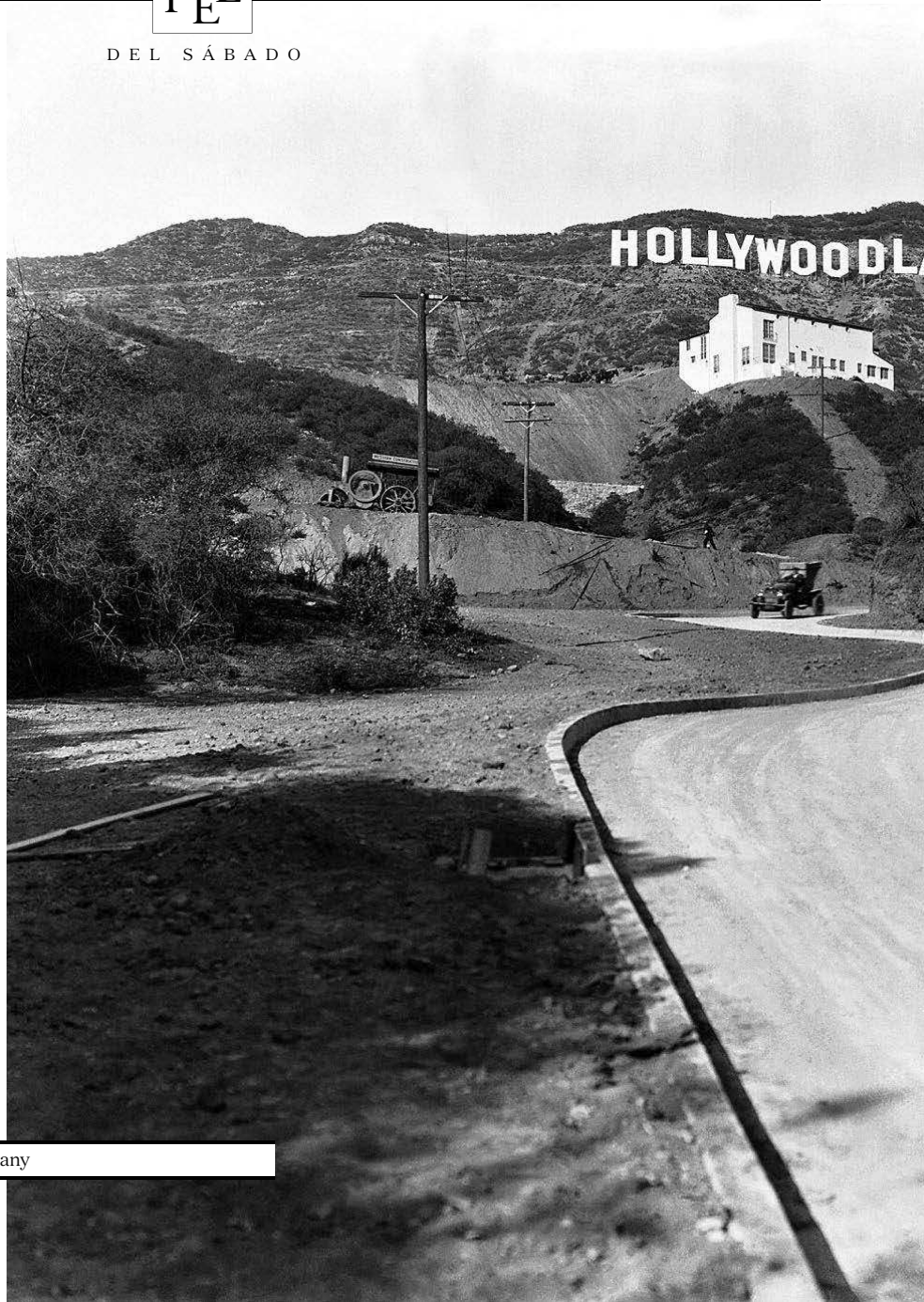
La culpa también es socioeconómica: Los Angeles recibió todas las bendiciones capitalistas

imaginables: la producción de petróleo era más alta que en Texas, la industria aeronáutica se instaló en la comarca, el cine eligió Hollywood en esa misma década... Además, el aislamiento permitió un marco liberal mucho más leve, sin sindicatos ni convenios. En cambio, la cercanía de México proveía mano de obra barata... No hay nada que podamos leer sobre Dubai hoy que no ocurriera en Los Angeles.

El libro de Starr tiene protagonistas como Edward L. Doheny, empresarios metidos a urbanistas y a un paso del crimen organizado. Pero su historia se lee con indulgencia y alegría. En realidad, las ciudades no tienen culpa; ni Los Angeles ni ninguna. Si acaso, tienen contradicciones, se reinventan y siguen.

La crisis de 1928 fue breve en Los Angeles. Los Juegos Olímpicos de 1932 y el despegue del cine sonoro

aliviaron el pesimismo. La ciudad se extendió por los valles y, desde 1931, contó con sentencias contrarias a la segregación racial en los espacios públicos. A menudo, se dice que la época dorada de Los Angeles corresponde a esa época, la de los años 30 y 40, pero esa percepción puede que venga de *El crepúsculo de los dioses*, más que de la realidad. Los Angeles era corrupta y brutal pero también era más



Por Luis Alemany

D E E S Á B A D O

Colina solitaria. El cartel de Hollywood y la Galería Kanst, en 1924. GETTY

Ángeles, explicaba Fernández-Galiano, ya no se basaba en la culpa sino en la laxitud. La laxitud del modo de vida, del clima y del paisaje de infinitos suburbios. Por eso, artistas, escritores y filósofos como David Hockney, Reyner Banham, Richard Rayner, Herbert Marcuse y Ray Bradbury eligieron L.A.

Dos libros comparten espacio en este verano en las librerías españolas y expresan la nostalgia por aquella ciudad más bien desangelada e invivible en la que todo podía pasar. El primero es *Blanco*, de Bret Easton Ellis (Random House) e incluye una bonita evocación de su adolescencia en un suburbio californiano en los 70.

Aquella vida estaba hecha de larguísimas excursiones en bici, infinitas tardes de cine y alegres escenas de iniciación sexual.

El otro libro es *Al oeste del Edén*, de Jean Stein (Anagrama), que también tiene la forma de un testimonio sobre la vida en Los Ángeles de los 70.

La laxitud y la libertad vuelven a ser los temas del relato. La vida en Los Ángeles en los 70 era para su gente como la fruta madura: estaba en ese momento al borde de la

podredumbre en el que resultaba más dulce que nunca. Aquel momento pasó: el mismo Bret Easton Ellis escribió en los 80 *Menos que cero*, donde Los Ángeles parecía un infierno en el que se circulaba en Porsche.

La industria aeronaval se fue y el cine empezó su proceso de deslocalización.

Desde 1990, Los Ángeles pierde población, pese a los monumentales atascos en los puentes. Quien lo viera.

liberal que cualquier otro lugar de América.

En realidad, el momento de plenitud de Los Ángeles está en los años del *baby boom*, la revolución sexual y el nuevo Hollywood. Hace unos meses, el arquitecto Luis Fernández-Galiano, director de la revista *Arquitectura Viva*, dio una conferencia en la Fundación Juan March sobre el esplendor del periodo 1968-1988. En esa época, el éxito de Los

